



Revista Infantil Nacional

Publicada por la

FILIAL DE ANDE

Cantón Central de Heredia

Directora:

EVANGELINA GAMBOA

Administración:

MARIA CRISTINA MARTINEZ

EMMA MORALES

Heredia — Costa Rica

Sumario:

El cielo de mi pueblo	1
Caballitos	2
Beldad y la Bestia	3
La Carreta	7
Juan Ramón Jiménez	8
Platero	9
Tío Conejo ríe y ríe	10
Marcha Triunfal	13
Los niños hablan	15
El Angel Guardián	16

Mayo 1951

Maderas: Francisco Amighetti.

VALE:

NUMERO 16

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez

₡ 0.20

CABALLITOS

Pegasos, lindos pegasos,
caballitos de madera.

Yo conocí, siendo niño,
la alegría de dar vueltas
sobre un corcel colorado,
en una noche de fiesta.

En el aire polvoriento
chispeaban las candelas,
y la noche azul ardía
toda sembrada de estrellas.

Alegrías infantiles
que cuestan una moneda
de cobre, lindos pegasos,
caballitos de madera.

Antonio Machado



BELDAD Y LA BESTIA

Una vez era un rico comerciante que tenía seis hijos, tres varones y tres mujeres, a los que procuró dar una esmerada educación, sin reparar en gastos.

Las tres hijas eran muy hermosas, especialmente la menor, a cuya extraordinaria belleza debió que en su infancia la llamasen Beldad, y como con los años no perdió ninguno de sus encantos, nadie le dió ya otro nombre, por lo cual sus hermanas la envidiaban. No sólo era la más hermosa de las hermanas sino le que tenía mejores sentimientos. Las otras, envanecidas con sus riquezas y su posición social, no hacían más que darse tono, rehuían el trato con las hijas de otros comerciantes y sólo se mostraban condescendientes con las personas de distinción. Cada día iban al baile, al teatro y a otros centros de recreo, y siempre se burlaban de su hermana, porque con frecuencia empleaba las horas del día en leer o en otras ocupaciones útiles. Como era muy sabido que estas señoritas poseían cuantiosas riquezas, los más opulentos comerciantes deseaban casarse con ellas, pero las dos mayores contestaban siempre que, por su parte, nunca habían pensado en casarse con quien no fuese duque o conde por lo me-

nos. Beldad tenía tantos pretendientes como sus hermanas, pero siempre contestaba con la mayor cortesía que, aunque quedaba muy reconocida a sus amantes, deseaba vivir algunos años más con su padre, y que además, se consideraba demasiado joven para casarse.

Y ocurrió que, por uno de los frecuentes reveses de la suerte, el comerciante perdió su fortuna, no quedándole más que una casita de campo, por lo cual se dirigió a sus hijas, diciéndoles con lágrimas en los ojos:

—Hijas mías, hemos de ir a vivir en la casita de campo, donde procuraremos ganarnos el sustento trabajando, ya que no tenemos más remedio.

Las dos hijas mayores replicaron que no sabían trabajar y que no abandonarían la ciudad, donde tenían pretendientes que estarían muy contentos de casarse con ellas, aunque ya no eran ricas. Pero en esto se equivocaban, pues cuando sus novios se enteraron de lo sucedido, dijeron que, como aquellas chicas eran tan orgullosas y malévolas, se alegraban de ver abatida su altivez, de manera que se quedaron sin plumas y cacareando. En cambio, todo el mundo se mostró compasivo con la pobre Beldad, porque era tan bondadosa y tan pura de corazón, y muchos caballeros le ofrecieron casarse con ella, pero Beldad rehusó otra vez el ofrecimiento, diciendo que no podía abandonar a su padre en su tribulación. Al principio no podía Beldad contener el llanto ante las penas y trabajos que le era preciso soportar, pero pronto hubo de decirse: "Como nada se remedia en este mundo llorando, procuraré ser feliz en mi pobreza".

Trasladados al campo, el comerciante y sus tres hijos se dedicaron a labrar y sembrar la tierra y a cultivar el huerto. Beldad se levantaba cada día a las cuatro, encendía el fuego, arreglaba la casa y preparaba el almuerzo para toda la familia. Al principio encontraba este trabajo muy penoso, pero pronto se acostumbró y le pareció hacedero. Por otra parte, el trabajo beneficiaba su salud y aumentaba su belleza, y cuando había hecho todo lo necesario, se distraía leyen-

do, tocando el arpa o cantando mientras hilaba. Sus hermanas nunca sabían en qué emplear el tiempo. Desayunaban en la cama y no se levantaban hasta las diez. Generalmente salían las dos a pasear, pero pronto se cansaban, y entonces se sentaban a la sombra de un árbol a lamentar la pérdida de su coche y de sus lujosos vestidos, y se decían: “¡Qué ruín, qué infeliz y estúpida ha de ser nuestra hermana para estar contenta con esta vida tan indigna!” Pero el padre pensaba de distinta manera y quería y admiraba a su hija menor más que nunca.

Después de vivir así casi un año, el comerciante recibió una carta informándole que uno de sus barcos más valiosos, que creía perdido, acababa de entrar en el puerto. La noticia casi enloqueció de alegría a las dos hermanas, porque pensaron que podrían abandonar el campo para reanudar su vida de ostentación en la ciudad. Y al enterarse de que su padre había de hacer un viaje al puerto en que estaba la nave, las dos mayores le pidieron que les trajera sin falta vestidos nuevos, sombreros, sortijas y toda suerte de atavíos. Pero Beldad no pidió nada, porque pensaba que todo el barco sería poco para satisfacer los deseos de las dos hermanas.

—Beldad — dijo el comerciante, —¿No me pides nada? ¿Qué quieres que te traiga, hija mía?

—Ya que tienes la bondad de pensar en mí, querido padre — contestó ella, — te agradeceré que me traigas una rosa, porque no tenemos ninguna en nuestro huerto.

No vaya a creerse que Beldad deseara una rosa ni nada, pues dijo aquello sólo por no afrentar a sus hermanas, que de lo contrario hubieran dicho que buscaba el elogio de su padre con su desinterés.

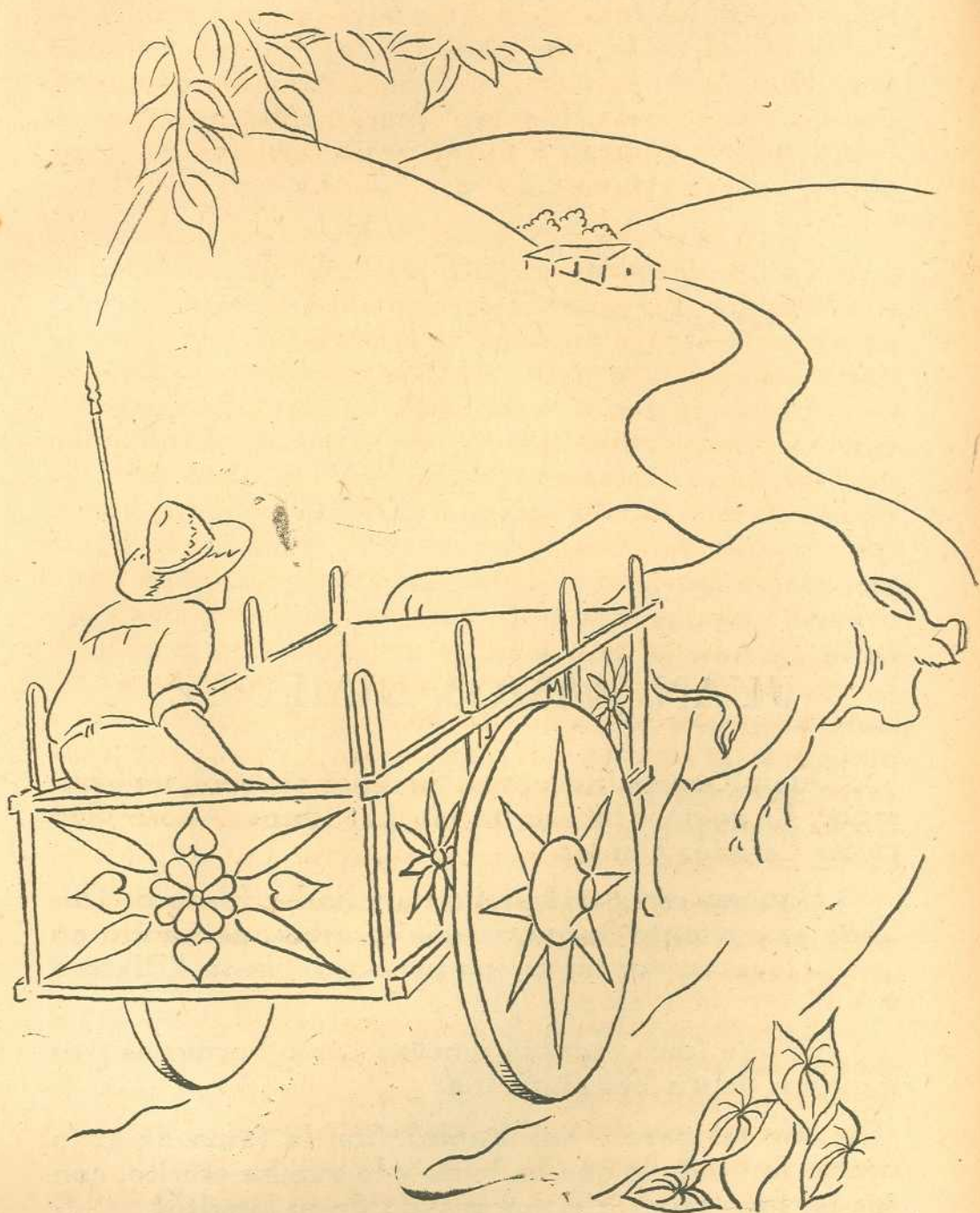
El padre se despidió de ellas y emprendió el viaje, pero, al llegar al barco, ciertos mercaderes le armaron pleito sobre el cargamento y, después de sufrir muchas contrariedades y de esperar varios meses, tuvo que regresar a su casita de campo tan pobre como había salido. Cuando sólo le faltaban unas treinta millas para

llegar a casa, a pesar del gozo que le producía la idea de ver pronto a sus hijos, no dejaba de atormentarle el recuerdo de los regalos que les había prometido, especialmente el de la rosa para Beldad, ya que estando muy entrado el invierno, de ninguna manera hubiera podido encontrarla. Llovía copiosamente, apretaba el frío y pronto empezó a nevar, y no tardó en advertir que se había extraviado.

Llegó la noche y el pobre temía morir de hambre y de frío, o despedazado por los lobos que ululaban a su alrededor. De pronto apareció ante sus ojos una larga avenida a cuyo extremo vislumbró una luz ;pero le pareció que estaba muy lejos. Se encaminó en aquella dirección y vió que la luz salía de un magnífico palacio, cuyas ventanas resplandecían de la intensa iluminación interior. Las puertas eran de bronce y estaban abiertas de par en par, dando acceso a patios espaciosos, que el comerciante atravesó sin que alma viviente se dejase ver. Había también establos adonde se dirigió su hambrienta cabalgadura para hartarse de avena y de alfalfa. Su amo la dejó atada y se encaminó a la sala de recepción, donde tampoco vió a nadie. Luego entró a un espacioso comedor; ahí ardía un fuego magnífico, y una mesa estaba servida con abundantes y exquisitos manjares, pero con un solo plato, un cuchillo y un tenedor. Como la nieve y la lluvia lo habían empapado por completo, se acercó al fuego para secarse.

—Espero que el dueño de la casa o sus criados me perdonarán esta libertad, pues no creo que tarden ya en dejarse ver.

Esperó en vano, pues nadie apareció y, como al fin diesen las once y se sintiera desfallecer por falta de alimento, resolvió servirse un pollo con unas copas de vino, aunque sin dejar de temblar de miedo. Permaneció en la mesa hasta las doce y, entonces, ya más animado, pensó que podría inspeccionar el lugar en que se hallaba.



La Carreta



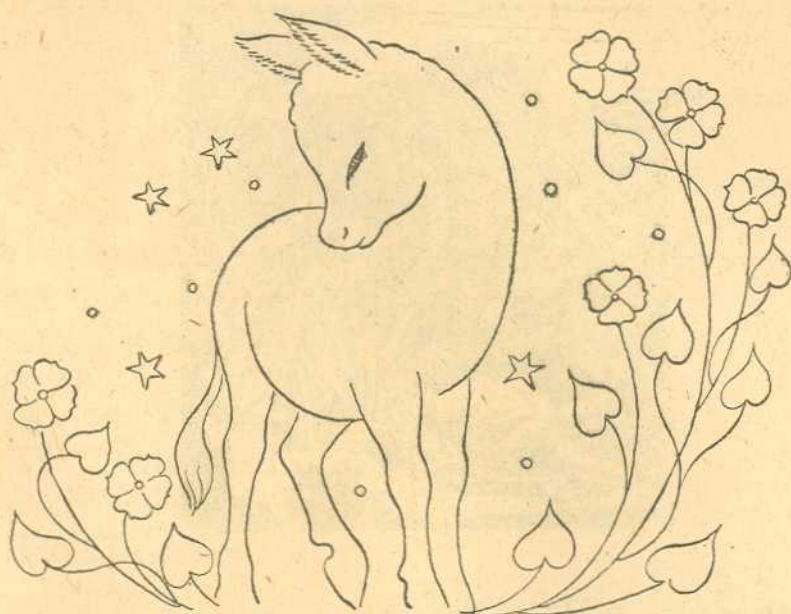
JUAN RAMON JIMENEZ

Juan Ramón Jiménez es un señor español, un gran señor. Es poeta y ha escrito muchos libros. Ahora vive en los Estados Unidos.

Una vez tenía un burrito muy lindo: Platero. Tan lindo era y tanto lo quería que escribió, pensando en que lo leyeran los niños, un precioso libro: "Platero y Yo".

En ese libro escribió muchas cosas hermosas que los niños deben leer algún día.

¿No les parece admirable? Con la fama de gran poeta, con todo lo que ha leído y lo que ha escrito, con sus barbas largas... ¡y encantado de su burrito!



PLATERO

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: "¿Platero?", y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé que cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco como de piedra. Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándome:

—Tiene acero:

—Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

Juan Ramón Jiménez.



TIO CONEJO RIE Y RIE...

Después de que Tío Conejo se burló del León y lo ató a un árbol, se sintió más inteligente y mucho más poderoso.

—En este mundo no hay animal que logre aplastarme —se dijo—. Sin temor voy y vengo por donde quiero.

Tan seguro se encontraba que perdió cuidado.

Y una tarde de mucho calor se tendió a dormir a la sombra de un árbol. Un ruido extraño lo despierta. Sus ojos miran alrededor y no ven criatura alguna.

De una cueva cercana sale Tío Oso con una larga cuerda y escondiéndose entre los árboles se acerca.

Cuando Tío Conejo se da cuenta tiene la soga al cuello. Y lo que más le duele es pensar que lo ha cogido el animal más bobo del bosque!

Tío Oso arrolla la cuerda en el cuerpo de Tío Conejo, desde el cuello hasta las patas, y lo amarra a una caña.

Ya no se siente tan poderoso el conejito.

Tía Zorra se le acerca y mostrándole los dientes le dice:

—¡Ahora no te escaparás mi astuto amigo!

Tío Oso ríe de contento. ¡Qué rico bocado! ¡Ya estoy saboreando esa carne exquisita!

—Mira Tío Conejo ese fuego, ahí vamos a asarte, y en este mismo momento, agrega Tía Zorra.

Tío Conejo muerto de miedo mira las llamas chispeantes y comienza a temblar, pero piensa que no puede perder el tiempo, que debe hacer algo. Su mente comienza a trabajar, trabaja de prisa. De pronto, brilla la idea. Y ahora Tío Conejo no tiene miedo. Abre la boca y ríe, ríe a carcajadas. ¡Ja-ja-ja! ¡ja-ja-ja!

Tío Oso y Tía Zorra se miran atónitos.

Tía Zorra dice a Tío Conejo:

—¿No comprendes? ¡Te vamos a asar en ese fuego!

Tío Conejo ríe y ríe.

—¡Creo que tú no entiendes! grita Tío Oso. Nosotros te vamos a tostar en ese fuego ardiendo!

Tío Conejo ríe y ríe. Ya sé que ustedes van a tostar-me. ¡Ja-ja-ja! ¡ja-ja-ja!

Pero, ¿por qué ríes?

—Perdone Tía Zorra, es que ¡ja-ja-ja! es que encontré *El Lugar de la Risa!* ¡Ja-ja-ja!

—¡*El Lugar de la Risa!* ¡*El Lugar de la Risa!* ¿Cuál es *El Lugar de la Risa?*

—¡Oh! es un lugar secreto que sólo yo conozco. ¡Ja-ja-ja! Ja-ja-ja!

—¡Hum! ¡Un lugar secreto! ¿Dónde está ese lugar? ¡Quiero saberlo ahora mismo! agregó Tío Oso.

—Calma Tío Oso. Para decir dónde está tengo que ir con ustedes; pero ¿cómo ir si me tienen atado? ¡Ja-ja-ja! ¡Ja-ja-ja!

Tía Zorra y Tío Oso hacen coro a Tío Conejo con sus risas. Su curiosidad va en aumento. ¿Dónde estará *El Lugar de la Risa?*

—Tío Conejo, —dice Tía Zorra—, te soltaremos y te llevaremos atado del cuello a que nos muestres *El Lugar de la Risa*, y volveremos después a alistar nuestra rica cena.

Tío Conejo camina adelante, con la soga al cuello, y detrás sosteniendo la cuerda, Tía Zorra y Tío Oso. Camina por el bosque danzando y saltando y riéndose mucho.



Caminando, caminando, se encuentran un árbol que tiene un hueco muy grande en el tronco.

Cuando Tío Conejo lo ve comienza a reír de nuevo: ¡Ja-ja-ja! ¡Ja-ja-ja! ¡este es *El Lugar de la Risa!*

—No veo nada que me haga reír, —dice— Tío Oso.

—Ni yo tampoco, agrega Tía Zorra.

—Ya se reirán ustedes. Acérquense, asómense a ese hueco y metan la cabeza; les aseguro que tendrán el rato más divertido de su vida.

Tío Oso y Tía Zorra hacen lo que les aconseja Tío Conejo. De pronto, huyen espantados. Numerosísimas avispas los pican y persiguen.

En su carrera se olvidan de Tío Conejo que entonces si ríe de verdad.

Más tarde Tío Oso y Tía Zorra ven de pronto a Tío Conejo muy cerca de ellos y mirándoles les dice:

—¡Hola mis buenos amigos! ¡Pasaron un rato divertido, el más divertido de su vida! ¡Ya conocen muy bien *El Lugar de la Risa!* ¡Hasta la vista!

MARCHA TRIUNFAL*Rubén DARÍO*

Ya viene el cortejo!

Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.

La espada se anuncia con vivo reflejo;

ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines.

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas Minervas y Martes,
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus largas trompetas
la gloria solemne de los estandartes,

llevados por manos robustas de heroicos atletas.

Se escucha el ruido que forman las armas de los caballeros,

los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,

los cascos que hieren la tierra

y los timbaleros,

que el paso acompañan con ritmos marciales.

¡Tal pasan los fieros guerreros

debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines de pronto levantan sus sonos,
su canto sonoro,

su cálido coro,

que envuelve en un trueno de oro

la augusta soberbia de los pabellones.

El dice la lucha, la herida venganza,

las ásperas crines,

los rudos penachos, la pica, la lanza,

la sangre que riega de heroicos carmines

la tierra;

los negros mastines

que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos

anuncian el advenimiento

triunfal de la Gloria;

dejando el picacho que guarda sus nidos,
tendiendo sus alas enormes al viento,
los cóndores llegan. ¡Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.

Señala el abuelo los héroes al niño:—

Ved cómo la barba del viejo

los bucles de oro circundan de armiño.

Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,

y bajo los pórticos vense sus rostros de rosa;

y la más hermosa

sonríe al más fiero de los vencedores.

¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;

honor al herido y honor a los fieles

soldados que muerte encontraron por mano extranjera!

¡Clarines! ¡Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos,

desde sus panoplias saludan las nuevas coronas y lauros:—

Las viejas espadas de los granaderos, más fuertes que osos,
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros.

Las trompas guerreras resuenan;

de voces los aires se llenan...

—A aquellas antiguas espadas,

a aquellos ilustres aceros,

que encarnan las glorias pasadas...

Y al sol que hoy alumbrá las nuevas victorias ganadas

y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros,

al que ama la insignia del suelo materno,

al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la mano

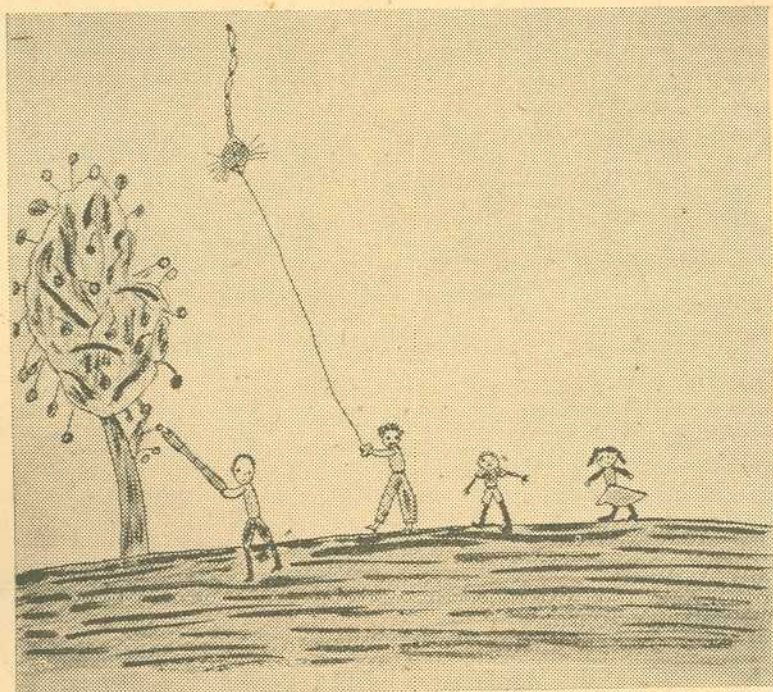
los soles del rojo verano,

las nieves y vientos del gélido invierno,

la noche, la escarcha

y el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,

saludan con voces de bronce las trompas de guerra que tocan la marcha
triumfal!...

Los niños hablan...

Rafael Enrique Aguilar 1er. Grado.—Escuela del Coyol. Alajuela

LA VACA DE MI CASA

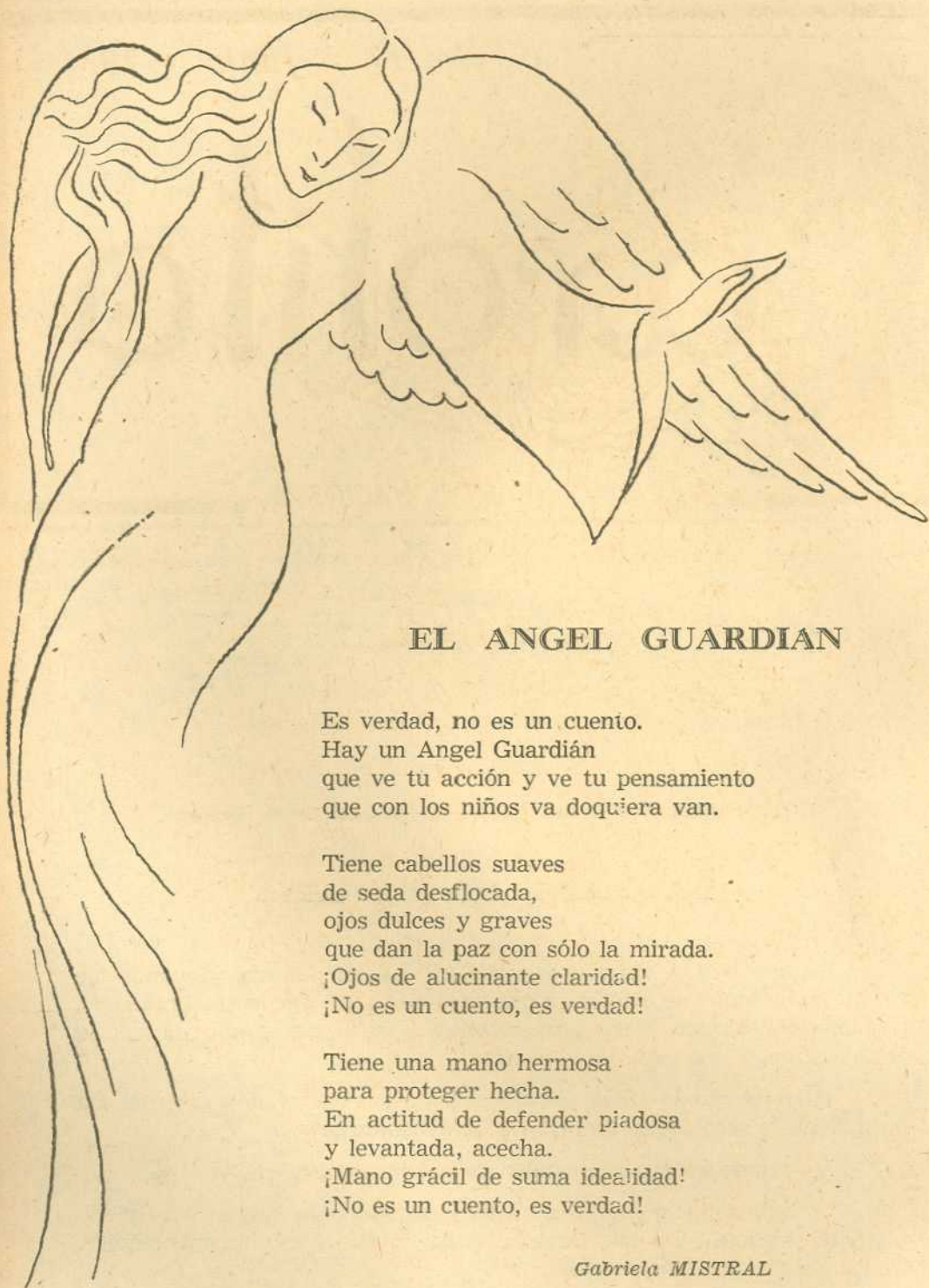
Siempre voy a traer la vaca de mi casa al potrero, y cuando me ve, por más lejos que esté, se viene corriendo a mi encuentro bramando. Es pintada de blanco y negro, es hermosa y muy gorda, no es brava. Se desespera cuando no ve a su ternerito.

Al ternerito lo cuidamos muy bien: duerme en una galerita. En la mañana lo saco afuera para lavar su dormitorio.

De pronto se oye bramando. Es la Pinta que viene.

Voy corriendo y traigo un balde con agua y le lavo la ubre y me pongo a ordeñarla. Da una leche amarilla; la mitad es pura mantequilla. Todos los días da doce botellas.

Carmen Pérez L.—Escuela del Empalme. Cartago



EL ANGEL GUARDIAN

Es verdad, no es un cuento.
Hay un Angel Guardián
que ve tu acción y ve tu pensamiento
que con los niños va doquiera van.

Tiene cabellos suaves
de seda desflocada,
ojos dulces y graves
que dan la paz con sólo la mirada.
¡Ojos de alucinante claridad!
¡No es un cuento, es verdad!

Tiene una mano hermosa
para proteger hecha.
En actitud de defender piadosa
y levantada, acecha.
¡Mano grácil de suma idealidad!
¡No es un cuento, es verdad!

Gabriela MISTRAL